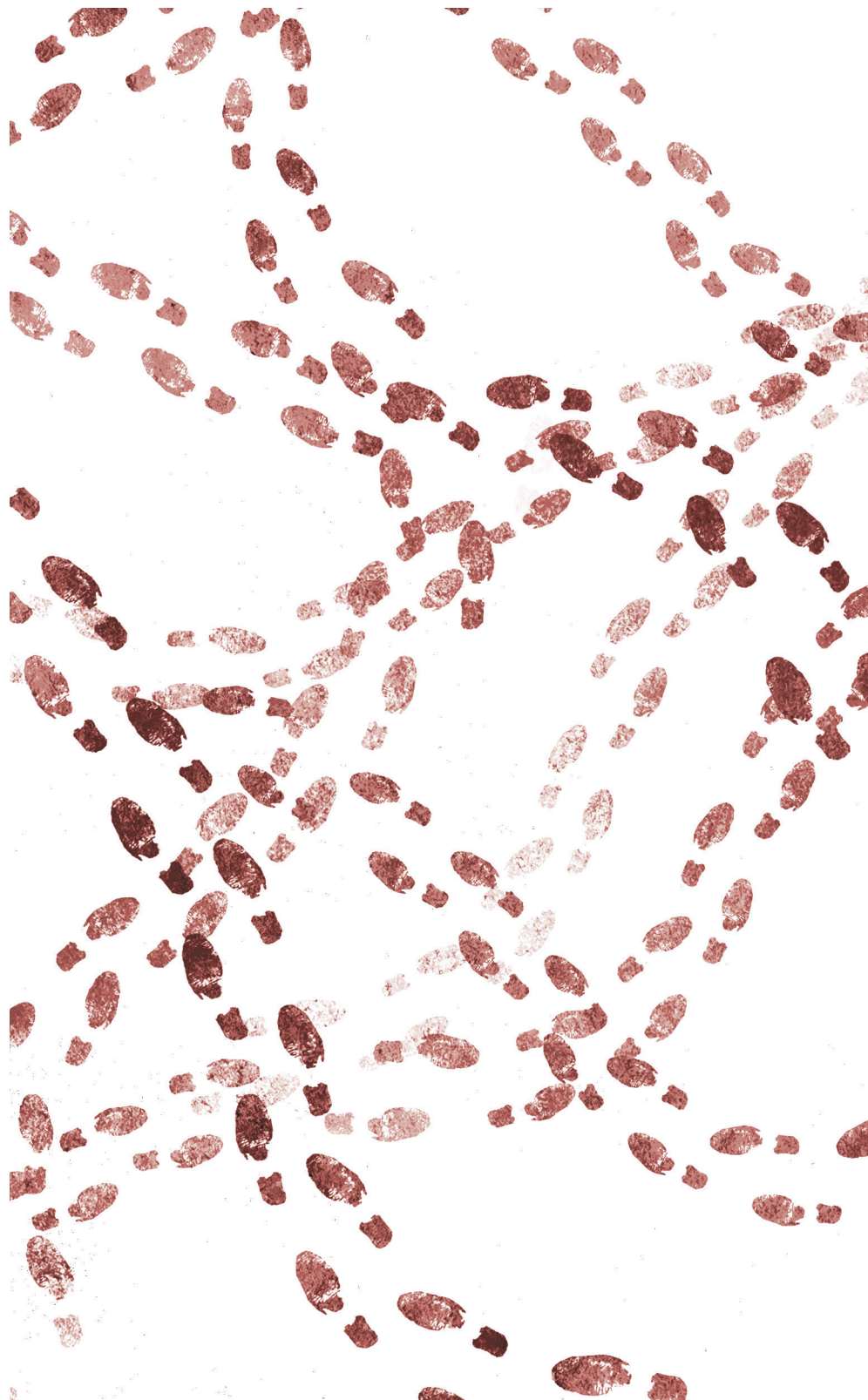






# Autocontrarretrato

Antonio Cortijo

COLECCIÓN PIEZAS RARAS

Primera edición, octubre 2026

©Antonio Cortijo, *Autocontrarretrato*

**Fotografías del interior:**

©Antonio Cortijo

**Fotografía del autor:**

©María Tausiet

**Ilustraciones interiores y de cubierta:**

©Paula García del Olmo

**Edición:** ©Piezas Azules, editorial independiente

[piezasazuleseditorial.com](http://piezasazuleseditorial.com)

**ISBN:** 979-13-991643-4-3

**Depósito legal:** M-18386-2026

**Piezas Azules** llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

# Autocontrarretrato

Antonio Cortijo



Edición limitada y numerada de 200 ejemplares









Escribía en los márgenes de los libros. Las monedas le resultaban repugnantes. Le gustaba ocultarse en la espesura. La felicidad no le parecía gran cosa. Se sentía como si se acabara de escapar del colegio una mañana fría y lluviosa. Ver imágenes a cámara lenta le producía vértigo. Se entretenía quitándose las bolas de pelusa del jersey. Luego se sacudía. Un día escribió algo en un papel y lo introdujo en una botella que no tiró al mar. Hacía el imbécil con naturalidad. Lo veía todo tan claro que no entendía nada. Le gustaba hacer planes intrascendentes y absurdos. Fabricaba trampas solo por el placer de caer en ellas. Procuraba tener una coartada aunque no sabía para qué. Prefería vivir despreocupadamente mientras un perrillo le mordisqueaba los bajos del pantalón. Las únicas cosas que le gustaban cabían dentro del hueco de una mano. Coleccionaba pedacitos de nada. Empezó de cero y ahí sigue.

Amaba la escenografía de los amaneceres. Le sacaba de quicio que cada cosa no estuviera en su sitio. También le sacaba de quicio que cada cosa estuviera en su sitio. Volvía a las andadas cada vez con menos convicción. Le gustaba la hierba crecida en los solares abandonados. Tenía una memoria selectiva que no había aprendido a seleccionar. Daba rodeos buscando atajos. Utilizaba, de vez en cuando, una palabra rara. Ergástula. Estaba demasiado ocupado en respirar como para hacer otras cosas. Le gustaba oír llover a altas horas de la madrugada. Tropezaba con piedras distintas. Hacía planes solo por comprobar que era incapaz de llevarlos a cabo. Todo le salía mal, afortunadamente. Tenía soluciones para sus problemas, pero no le convencían. Ni sus problemas, ni las soluciones. Practicaba con delectación el arte de perder el tiempo. Le gustaba irse con viento fresco.

Paseaba dentro de su casa como si se le hubiera perdido algo fuera de ella. Su amor estaba lleno de contraindicaciones. Y de contradicciones. Era un agente doble de sí mismo. Siempre estaba dispuesto a no hacer nada. Nadie pensó nunca que estaba mal de la cabeza. Utilizaba la nostalgia para falsificar el pasado. Se despistaba en los momentos cruciales. Salvaba las distancias hasta que caía en ellas. Lo que más le gustaba era hacer recados. Aprendió más en el trayecto a la escuela que en la escuela. Se saltaba las normas escrupulosamente. Recordaba cosas que no hizo. Solía confundir la velocidad con el tocino. Contestaba los test al azar. Caminar sin prisa le producía vértigo. Una vez soñó que estaba despierto.

Utilizaba su propio nombre como seudónimo. Tropezar era su mejor manera de avanzar. Cuando se miraba al espejo le costaba reconocerse. Oía el silencio. Ardía en deseos a fuego lento. Añoraba el olor de las gomas de borrar. Llegó a comérselas. Daba paseos a media mañana cuando todo el mundo estaba trabajando. Buscaba una salida y fabricaba laberintos. Entró en la boca del lobo para dejar de verle las orejas. Cuando no esperaba a nadie, había alguien. Cuando esperaba a alguien, no había nadie. Se autoengañaba sin mucha convicción. Tenía pecados muy poco originales. Se dedicó toda su vida a enfriar clavos ardiendo. Estaba convencido de que el día después del fin del mundo saldría el sol como si nada hubiera pasado.

Le gustaba pasear por los polígonos industriales. Suspendía los exámenes de conciencia. Le aterraba que le dieran la enhorabuena. O que le desearan suerte. Procuraba no hacer excesivas muecas al afeitarse. Era un superviviente de sí mismo. Su vida cabía en un bostezo. Había partes de la obra que no entendía, y las otras, sobraban. Vivía en ficciones sucesivas. Recordaba mejor los días de lluvia. Se quedó definitivamente en el otro lado. Buscaba los caminos para poder salirse de ellos. Pasó página y era la misma. Alambicaba innecesariamente la simple mecánica de los sentimientos. Tuvo suerte de que sus sueños no se hicieran realidad. Un día se sentó en el borde del trampolín de una piscina vacía.

Pertenecía a una época en que las maletas no tenían ruedas y había que bajar las ventanillas de los coches con una manivela. Le subyugaba más el silencio de las sirenas que su canto. Procuraba permanecer ajeno a los aconteceres. Es como si todo se hubiera derrumbado y caminara ahora entre los escombros. También los suyos. Tenía una caja de recuerdos llena de olvidos. Le gustaba imaginar de nuevo las tardes vacías de años pasados. Tenía la impresión de que solo utilizaba frases hechas. Contemplaba los amaneceres con estupefacción. Se perdía en el campo durante unas horas. Luego regresaba. Siempre se estaba yendo. Luego regresaba. Solo tenía excusas. La mala suerte lo perseguía sin alcanzarlo del todo. Se llevaba bien con la decepción. No le quedaba más remedio. Cuando todo encajaba, se preocupaba. Estaba solo en un bosque de personas solas.

Aún sentía el aplicador de la mercromina sobre las heridas de las rodillas. Pensaba que tener razón era accesorio. Tomaba notas de todo, pero luego no las entendía. O las perdía. O no le hacían falta. Estaba encerrado dentro de su propia cabeza. Más bien prisionero. Prefería llevar una brújula antes que un reloj. No iba a ningún sitio, pero llegaba siempre tarde. Prefería utilizar el plan B antes que el A. Cierta debilidad de su carácter lo terminó por condicionar todo. La ley del mínimo esfuerzo le resultaba costosa y complicada. Vivió la época de las verbenas y las pastelerías. Cuando se miraba al espejo era como ver una fotografía antigua. Tenía la iniciativa de una sombra. Salió a dar una vuelta y dio demasiadas. Había abandonado toda esperanza pero ésta se empeñaba en acompañarlo.

Era humilde como una cebolla y trágico como un erizo. Le hubiera gustado vivir en una casa con un tejado a dos aguas. Jugó al corro de la patata y después comió ensalada. Dejaba pistas falsas para que lo tuvieran más fácil. Era capaz de ver desplomarse una catedral sin parpadear siquiera. Quemó las naves, pero no ardieron. Hubiera cambiado de parecer si hubiera tenido alguno. Era incapaz de volver a doblar el mapa. La inmortalidad le daba pereza. Aún vivía a la sombra de las muchachas en flor. No hacía nada en todo el día y terminaba exhausto. Decidió ignorar los buenos consejos. Solo los buenos. Se engañaba a sí mismo con gran maestría. Tardaba largas horas en hacer cosas innecesarias. Le hubiera gustado tomarse un vino con Gonzalo de Berceo. Cuando cerraba los ojos, oía el mar.

Se encontró consigo mismo y ni siquiera se saludaron. No cosía, solo respunteaba algún hilván. Prefería los días en los que no había nada que celebrar. Salió a que le diera el aire y no volvió; solo pretendía distraerse un rato. Había olvidado las palabras fundamentales, pero no lo que significaban. Oía voces en el patio de luces. Veía luces en el patio de voces. Se arrepintió enseguida de haberse arrepentido tan pronto. Lo fió todo a un talento que no tenía. La esperanza le jugó muy malas pasadas. No sabía de lo que hablaba, pero sí, de lo que callaba. Solo tenía lo que había perdido. Era absurdo continuar y, por eso mismo, tenía sentido seguir. Le gustaría poder atravesar un espejo, pero no para entrar, sino para salir de él.

No volvió a saber nada de aquel que fue. Tenía especial cariño por las viejas camisetas. Todavía soñaba con las grandes zancadas del gato con botas. Encontró finalmente un trébol de cuatro hojas, pero había perdido una. No lograba salir de la inopia. Morirse le daba pereza. Era un pesimista optimista. Nunca lo contrario. Un buen día dio un portazo y se marchó. Aunque se quedó dentro. Utilizaba prismáticos para mirarse al espejo. Se dio un golpe en el hueso de la risa y lloró. Encontró la aguja en el pajar, pero fue incapaz de enhebrarla. No distinguía entre elegir y equivocarse. Llegaría a ser libre cuando ya no le sirviera de nada. Mordía el extremo del lápiz para aparentar que pensaba. Le gustaban las mañanas azules. Pensaba que iba a ser de otra manera.

Le hubiera gustado ser un botarate. Lo que más le interesaba del regalo era el envoltorio, por eso lo rompía con rabia. Le conmovía la ropa de entretiempo. Había mañanas en las que le hubiera apetecido estar sentadito en su tejado, como el señor Don Gato. Cuando al terminar en la peluquería le pasaban el espejo por la nuca, no se reconocía. Le hubiera gustado tener la voz de Kevin Ayers. No le resultó fácil hacerlo tan mal. Vio a los más inútiles de su generación llegar a lo más alto. Le solían confundir con otra persona. Creían que era él. Desde que llevaba gafas, oía peor. Todo se movía cuando pensaba en la deriva de los continentes. No encontraba motivos para dejar de fingir. Mientras fregaba los platos silbaba algo de Nino Rota. Ya no tenía margen de error, pero los seguía cometiendo.